



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

## CARTAS

Durante unos meses he vivido en una realidad epistolar. Para escribir *Palabras de amor* he leído cientos de cartas de amor. Cada una de ellas era un portillo por donde ingresaba en la intimidad de una persona. A veces he sentido cierto pudor, porque no estaba seguro de que a los autores les hubiera gustado esta injerencia. He encontrado maravillosas vidas escritas. Es sorprendente la violencia con que Eloísa dice a Abelardo, en pleno siglo XII, que no quiere ser su esposa, que prefiere ser su puta. La correspondencia de Víctor Hugo y Juliette Drouet, que duró cincuenta años,

hasta que ella murió, después de haberle escrito dieciocho mil cartas, nos permite seguir minuciosamente los avatares de un largo amor. A veces, los autores alcanzan su mayor brillantez estilística en este género menor. Eso sucede, a mi juicio, en Kafka o Simone de Beauvoir.

Después de asistir a tantos encuentros y desencuentros amorosos, a lo largo de toda la historia de la humanidad, se dibujan con claridad algunas constantes universales. El amor apasionado comienza siempre con la fascinación ante la inesperada aparición de una persona, que concentra en sí toda la atención del futuro amante. Es el flechazo, el *coup de foudre*, el *fall in love*, presente en todas las culturas. Ortega decía, con cierta sorna, que el amor es una enfermedad de la atención, un estrechamiento patológico. Esto es todavía preamoroso. El segundo acto de esta aventura es

la aparición de un deseo que impulsa al amante hacia lo amado. Se puede desear el cuerpo, el espíritu, la ternura, la convivencia, la felicidad de la otra persona. Aparecen las artes de la seducción para conseguir el objetivo, que es convertir una fascinación en una realidad. El tercer acto, cuando estas estrategias tienen recompensa, es la culminación del amor, el placer amoroso –del tipo que sea– como cumplimiento del deseo.

Aunque las novelas suelen terminar aquí, en la vida real hay un cuarto acto. La insistencia con que aparece nos demuestra que estamos ante otra constante de la humanidad o, mejor dicho, ante un permanente problema: cómo convertir el amor pasión en una vida amorosa. Vicente Aleixandre escribió: “Todo conspira sin descanso contra la perduración de la llama imposible”. Sin duda es difícil, y las historias de fracaso son demasiadas frecuentes,

**“TIENES 82 AÑOS; SIGUES SIENDO BELLA Y DESEABLE; HACE 58 AÑOS QUE VIVIMOS JUNTOS Y TE AMO MÁS QUE NUNCA”**

pero me conmueve esa insistencia inasequible al desaliento, ese afán que atraviesa los siglos, esa gran utopía personal que espera su realización. Por eso, me ha interesado, sobre todo, recuperar historias felices, para ver si conseguía descubrir su secreto, destilar de ellas un elixir mágico que hubiera que repartir a todos

los humanos. Las hay conmovedoras, pero me quedo con la carta que escribió André Gorz, el fundador de *Le Nouvel Observateur*, a su esposa Dorine, y que ha sido publicada con el título Carta a D. Comienza así: “Acabas de cumplir ochenta y dos años. Has encogido seis centímetros, no pesas más de cuarenta y cinco kilos y sigues siendo bella y deseable. Hace cincuenta y ocho años que vivimos juntos y te amo más que nunca. Te escribo para comprender lo que he vivido, lo que hemos vivido juntos”. Mi viaje por las cartas de amor ha sido un viaje emocionante. ■



Raúl